

UNCHARTED

**EL CUARTO
LABERINTO**

CHRISTOPHER GOLDEN

timunmas

1

Los pájaros tropicales se dispersaron cuando Jack se desvió por un viejo camino lleno de surcos, rompiendo ramas y arrancando lianas mientras se abría camino a través de la selva con sus perseguidores a la zaga, las balas volando, una chica preciosa pero malhumorada en el asiento del copiloto y la madre de todos los dolores de cabeza. Como tenía un solo brazo sobre el volante, el jeep se salió hacia la izquierda y la chica gritó cuando intentó devolver el vehículo a su camino, justo antes de que se estrellaran contra un árbol caído.

Nathan Drake estaba empezando a odiar la jungla.

Echó una mirada al espejo retrovisor un segundo antes de que una bala lo hiciera pedazos, obligándole a arriesgarse a mirar hacia atrás por encima del hombro. Había tres coches persiguiéndoles: un camión maderero que se había quedado rezagado y dos jeeps iguales al que estaba conduciendo, lo cual tenía bastante sentido ya que estaba aparcado justo al lado de los otros cuando lo robó.

La selva se había cerrado a su alrededor, un embrollo salvaje de jungla que la gente de Ecuador llamaba «El Oriente», y que personalmente le parecía un nombre bastante corriente para un lugar repleto de cosas que podían matarte, como brutales hijos de perra al servicio de capos de la droga sudamericanos muy cabreados.

El camino de surcos que había tomado obligaba a los tres vehículos a seguirle en fila india, lo que era bueno porque significaba que sólo podía haber un coche disparándole todo el rato. Las balas agujereaban las hojas y rompían las

ramas y el jeep daba bandazos arriba y abajo mientras Drake rechinaba los dientes y mantenía la cabeza baja.

—¿Ésta es tu idea de un rescate? —gritó la chica.

Drake miró los enormes ojos, la preciosa boca y la suave piel de color canela y decidió que no le gustaba la canela. En su opinión, la canela siempre estropeaba las tostadas.

—¿Qué coño te ha hecho pensar que esto es un rescate? —replicó.

La chica palideció un poco al oírle, justo antes de entornar los ojos.

—Puede que el hecho de que me estás rescatando.

Drake se rió, pero su sonrisa desapareció en cuanto escuchó las balas atravesar la trasera metálica del jeep. El neumático de repuesto que estaba atado al capó salió volando, pero aquello era considerablemente mejor que perder uno de los neumáticos que sí estaba usando.

—¿A ti te parece un rescate? —preguntó—. Te has apuntado al viaje por accidente, guapa.

A decir verdad, no había sido totalmente por accidente. Se había infiltrado en el complejo de la jungla en el que Ramón Valdez solía esconderse del resto del mundo, dirigiendo su cártel de droga desde un lugar tan remoto que nadie quería ir a por él hasta allí. «Nadie que tenga medio cerebro», pensó Drake. A él no le había disuadido de intentar encontrar a Valdez dos veces en tres años.

No le gustaban los trabajos que implicaban el robo directo por razones que quedaban perfectamente explicadas con la situación en la que se encontraba en esos momentos. Pero en el caso de Ramón Valdez había hecho una excepción, porque tenía un cierto derecho sobre el objeto que le habían contratado para robar. Él ya lo había robado una vez antes.

La chica había sido un imprevisto en su plan. La había encontrado atada en la habitación de Valdez y su primer impulso había sido dejarla allí, hasta que los esfuerzos que ella hacía por liberarse le convencieron de que no era una participante voluntaria en aquel juego masoquista. Eso había complicado considerablemente las cosas, ya que el tiempo era vital para su plan. Durante unos pocos segundos, había intentado convenecerse de que no se arrepentiría de dejarla allí, que sus esfuerzos

no eran más que una actuación que había ensayado para Valdez, pero sabía que se estaba mintiendo a sí mismo. Drake sabía reconocer a un prisionero cuando lo veía.

—¿Qué se supone que estabas haciendo allí? —le preguntó, girando el volante hacia la derecha.

—Estaba de vacaciones —respondió amargamente en ese tono de «eres gilipollas» que las mujeres jóvenes parecen dominar a edades muy tempranas—. ¿Tú qué crees?

—No es precisamente de mi incumbencia —replicó Drake.

Una oleada de disparos destrozó los árboles que había a su izquierda y las últimas balas arañaron la parte lateral del jeep y reventaron una de las luces. Un guacamayo estalló en mitad de su vuelo en una explosión de sangre, plumas y balas.

—¿No deberías concentrarte en conducir? —preguntó la chica, con el miedo en los ojos al mismo tiempo que intentaba hundirse aún más en su asiento—. ¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

—No, yo no estoy tranquilo —dijo Drake, girando el volante para rodear un árbol caído. El jeep rugió al pasar por encima de arbustos y raíces y de esquivar un gigantesco árbol de ceiba—. Lo que estoy es aterrizado. Lo sé por mis nudillos blancos y por cómo me duele la mandíbula de tanto apretarla.

La chica le miró las manos sobre el volante. Probablemente notó lo blancos que tenía los nudillos, porque se puso un poco más pálida que antes.

—¿No vas a decirme quién eres? —exigió Drake.

—Entonces, ¿es verdad que no te envía mi padre? —preguntó ella.

Su decepción le ablandó tanto como puede ablandarse un tipo que conduce a través de la selva con un grupo de gente intentando matarle. Vio el árbol de tronco partido que había estado esperando encontrar, el único punto de referencia que podría esperarse de un sitio así, y dio un volantazo hacia la izquierda, llevando el jeep a través de una cortina de lianas colgantes hasta un camino que muchas pezuñas habían pisoteado pero pocos neumáticos habían recorrido. El jeep daba sacudidas como loco y parecía que se iba a desmontar en sus manos, dejándole sentado en el asiento del conductor y sujetando el volante sin nada más del coche a su alrededor.

—Lo siento, guapa, pero no tengo ni idea de qué me estás hablando.

La chica levantó la barbilla, intentando, demasiado tarde, disimular su esperanza marchita.

—Me llamo Alex Muñoz. Mi padre es el alcalde de Guayaquil. Declaró la guerra a las drogas en la ciudad y nadie puede comprarle —dijo con orgullo.

Drake no podía culparla por ello. Para que el alcalde de una importante ciudad de Sudamérica decidiera enfrentarse a los cárteles de droga, tenía que ser la leche de valiente o estar como un cencerro. Alex tampoco necesitaba contarle el resto de la historia. ¿Chica guapa, no más de diecinueve años, atada y drogada en el dormitorio de un capo de la droga? Había sido una rehén, una táctica de negociación y probablemente la futura víctima de algo peor.

«¿Cómo me meto en estos líos?», pensó Drake.

Pero no era como si Alex Muñoz tuviera la culpa de que le estuvieran disparando. No había duda de que desatarla y sacarla del complejo le había costado el ser descubierto y le había ralentizado, pero el plan había sido arriesgado desde el principio y, en su experiencia, los planes arriesgados casi siempre terminaban con alguien disparándole y en ocasiones incluso alcanzándole.

—Si mi papá no te envió, ¿quién eres tú? —preguntó Alex, recuperando su expresión malhumorada—. ¿Qué vas a hacer conmigo?

Drake ignoró la segunda pregunta. Si había aprendido algo con el paso de los años, era que si estás huyendo para salvar la vida con una mujer a tu lado, es mejor no decirle jamás que nunca has tenido un plan.

—Me llamo Drake. Nate Drake.

Alex no dio señales de haber pillado la referencia a James Bond en la frase.

—¿Qué es todo esto? —le preguntó—. ¿Qué hiciste para enfadar tanto a Valdez?

Drake señaló el asiento de atrás.

—¿Ves eso?

Cuando Alex miró a su espalda, Drake sabía lo que iba a ver. El cetro estaba envuelto en un saco de arpillera que se

mantenía en su sitio con tiras de celofán. El saco de arpillera había salido de la plantación de opio que había en el complejo, al otro extremo de donde se encontraba la casa de Valdez. La cinta de celofán la había traído el mismo Drake. Se las había apañado para abrir la vitrina del estudio de Valdez sin que sonaran las alarmas, había metido el cetro en el saco y lo había enrollado bien, y se disponía a salir de la casa cuando se le ocurrió echar un vistazo en el dormitorio y vio a la chica de piel canela. El resto era historia de la idiotez.

—Ya veo —dijo Alex.

—¿Has oído hablar de la Posada del Amanecer?

—¿Hablas de un bar de carretera o de Pacarictambo? ¿Del lugar de todo origen? ¿O te refieres a la colonia perdida?

—¿Conoces la historia? —inquirió Drake, encantado de no tener que explicárselo. El mero hecho de estar manteniendo aquella conversación resultaba extremadamente absurdo, pero supuso que era mejor que tenerla gritando que no la dejara morir o que estar maldiciéndose a sí mismo por tener la idea de ir hasta allí.

—Por supuesto —resopló Alex—. Estudio en la universidad.

«Genial —pensó Drake—, la única niñata de toda la selva y resulta que la tengo en el jeep.»

Según la mitología inca, Pacarictambo era una caverna de la que había surgido el primer pueblo del mundo. En ese grupo de hermanos había un tipo llamado Ayar Manco que llevaba un cetro de oro el cual, en teoría, debía indicar a su gente dónde debían construir la primera ciudad de los incas. La leyenda contaba que se había cambiado el nombre y había fundado la ciudad de Cuzco, y que entre él y sus hermanas habían construido con sus propias manos las primeras casas incas. Para mucha gente de la región, el mito era más historia que leyenda, lo que significaba que el descubrimiento tres años atrás de las ruinas de una colonia perdida, supuestamente uno de los asentamientos de los incas originales cuyo antepasado directo sería Ayar Manco, había creado una controversia muy seria. Una tribu local, cuyos habitantes afirmaban haber sabido de la exis-

tencia de la colonia perdida desde siempre, insistían en que las ruinas eran la verdadera Pacarictambo, que después de verse traicionado por sus hermanos, Ayar Manco había vuelto a la caverna que le vio nacer junto a su mujer e hijos y que allí había fundado un pueblo secreto. La discusión pública sobre qué era real y qué era mito había estado desde entonces en el candelero.

—Hace tres años, Valdez me contrató para liderar un equipo en misión a Pacarictambo y traerle todos los artefactos que pudiéramos encontrar allí. Pero lo que en realidad quería era el cetro dorado de Ayar Manco. Cuando se lo llevé, decidió que prefería matarme antes que pagarme. Un poco más y no salgo vivo de Ecuador.

Alex le miró como si estuviera loco.

—¿Y por eso decidiste robarlo de nuevo?

Drake se rió.

—¿Estás loca? Valdez se merienda a los tipos como yo. No, tenía muy claro que podía considerarme afortunado de seguir respirando. Pero los cuiqawa... Ya sabes, esa tribu que proclama su relación con Ayar Manco... Creen que son sus descendientes más próximos, así que el cetro debería ser suyo. Ellos me han contratado para que lo recupere.

—¿Y aceptaste el trabajo? ¿Después de que Valdez casi te matara?

—Todos tenemos que trabajar—replicó Drake—. Y oye, Valdez se echó atrás después de hacer un trato. Eso no es algo que siente precisamente bien, ¿sabes? Supuse que lo mínimo que podía hacer era fastidiarle un poco.

Los dos se sujetaron cuando el jeep cayó hasta el lecho de un río, chapoteó un rato y emergió rugiendo en la orilla opuesta. Ya no se oían los disparos y, durante un momento, Drake esperó que los secuaces de Valdez se hubieran dado por vencidos en la persecución. En ese momento, uno de los jeeps que les seguían apareció a través de las lianas que habían dejado atrás y se dio cuenta que debería haber sido más listo. Las cosas nunca eran tan fáciles.

—Oye —empezó Drake, mirando de reojo a Alex mientras conducía al mismo tiempo que una ráfaga de balazos destrozaba los árboles a su izquierda—, ¿crees que tu padre ha ofrecido una recompensa por devolvarte a casa sana y salva?

La chica se lo quedó mirando.

—Acabas de decir que no era un rescate.

—No —replicó Drake—, creo que nunca he dicho eso. Además, es una cuestión debatible, ¿no crees? Quiero decir, una vez que te he rescatado, pues...

—¡No me has rescatado! —gritó a la vez que una bala hacía pedazos el espejo retrovisor de su lado, llenándole el pelo de fragmentos de cristal y metal.

—Bueno —dijo Drake—. Aún no.

Dirigió el jeep hacia un hueco en los árboles que parecía demasiado estrecho para pasar, pero que consiguió cruzar con escasos centímetros sobrantes a cada lado. Alex lo puso verde y se tapó la cabeza para luego levantar la vista, parpadeando sorprendida al ver que no habían chocado. Al mismo tiempo, Drake pisó el acelerador a fondo y los neumáticos escupieron pedazos de tierra mojada al avanzar. Durante unos pocos segundos, el martilleo de las balas cesó de nuevo y, mientras cruzaban una arboleda de lianas extrañamente uniforme, el silencio de la jungla los envolvió, acallando el ruido del motor.

El jeep entamó una cuesta, la subió hasta la cima y las ruedas rodaron sin tracción durante un instante antes de tocar tierra en un pequeño claro. Con los brazos rígidos, Drake mantuvo el volante estable sobre el terreno accidentado, pero ya no le quedaba espacio. Unos espesos setos rodeaban el claro y los árboles estaban cada vez más cerca, pegados entre sí como si estuvieran conspirando. El único camino para salir de allí era el mismo por el que Drake había llegado y los pistoleros de Valdez les estaban pisando los talones.

—¡Ay, Dios! ¡Estamos muertos! —gritó Alex.

Drake condujo a toda velocidad hasta el lado opuesto del claro, con los árboles acercándose cada vez más a ellos, y en el último segundo dio un volantazo a la derecha y pisó el freno, lo que provocó que el jeep se levantara por detrás antes de detenerse de golpe. El motor renqueó antes de morir del todo, vibrando por el agotamiento que lo había sobrecalentado.

—Arriba las manos —dijo Drake.

Alex se le quedó mirando, confundida.

—¿Cómo?

Drake arrojó la pistola al suelo del jeep y salió del interior levantando los brazos en señal de derrota.

—Si no quieres que te peguen un tiro, ¡levanta los putos brazos!

El primero de los vehículos que les seguían entró rugiendo en el claro. Se oyeron varios disparos, pero Drake empezó a gritar que se rendían, tanto en inglés como en español, levantando los brazos aún más alto para indicar que lo decía en serio. Dio unos pasos para alejarse del jeep mientras Alex finalmente decidía levantar las manos ella también y salía del coche, imitando su comportamiento lo mejor que podía. Había empezado a llorar.

Drake pensó que sonreír era una pésima idea, pero aun así tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para mantener un rostro inexpresivo. El miedo le provocaba esa reacción. Imaginaba que Valdez habría ordenado a sus sicarios que recuperaran a la chica y el cetro de Ayar Manco, y veía más que probable que también les hubiera indicado matar al ladrón que se había llevado las dos cosas, es decir: a él, pero también pensaba que rendirse les confundiría. O al menos esperaba que lo hiciera.

El segundo coche de asesinos llegó al claro al mismo tiempo que el primero se detenía de golpe a unos seis metros de donde ellos estaban, con las armas apuntando a Drake y a Alex. El camión grande debía de estar abriéndose paso lentamente en algún punto por detrás. En uno de aquellos vehículos tenía que estar el tipo al mando, un cabrón más listo que el resto de los cabrones, y cuya señal esperarían los demás en un momento de confusión. Si Drake se rendía, ¿significaba eso que tenían que llevarle vivo ante Valdez o la idea seguía siendo coserle a disparos?

Mientras esperaban, salieron del interior de los dos jeeps, todos gritando a la vez que se distribuían en círculo alrededor de Drake y la llorosa chica, que no parecía entender que iban a dejarla con vida para preservar su valor como rehén. Aunque a lo mejor era por eso que estaba llorando, pensó Drake. Tal vez que la cogieran viva la asustaba más que morir.

«O puede que simplemente estés siendo melodramático», pensó. Los asesinos hicieron un gesto con los cañones de las

pistolas, gritándole a Drake que se arrodillara. Hizo lo que le pedían y Alex también, aunque a ella nadie se lo había pedido. Un hombre bajito, delgado y de aspecto letal, con un bigote que parecía haberse pintado con un rotulador indeleble, saltó de la parte de atrás del segundo jeep y caminó hacia Drake con la pistola bajada, a un lado de su cuerpo, como si estuviera intentando pillarles por sorpresa, a pesar de que tenía a todo el mundo mirándole con expectación. Así que ése era el tipo en cuestión. Drake esperó a que diera la orden de dispararle.

El de los bigotes pintados no pronunció una sola palabra, así que si sus colegas estaban esperando órdenes suyas iban a tener que seguir haciéndolo, porque parecía ser de los que se tomaban las cosas con calma. Sacó una pistola de la funda que llevaba bajo la axila y avanzó hacia él, levantándola hasta apuntar directamente a la frente de Drake.

—¡Cuando quieras! —gritó Drake con voz temblorosa.

El pequeño comandante frunció el ceño sorprendido, aparentemente asumiendo que Drake intentaba azuzarle para que apretara el gatillo.

—¿Qué estás...? —empezó Alex.

Se oyó un único disparo que asustó a una bandada de pájaros de colores que volaron desde los árboles hacia el claro. El hombrecillo del bigote ridículo se tambaleó y dio un paso atrás, bajando la cabeza y mirando con una mezcla de confusión y tal vez un poco de arrepentimiento el agujero de su pecho antes de caer sobre la hierba.

Sólo el hecho de que Drake y Alex tuvieran las manos arriba y claramente vacías los mantuvo con vida en aquel momento. Los asesinos, estupefactos, se dieron la vuelta y apuntaron a los árboles intentando adivinar a quién se suponía que debían disparar. Uno de ellos incluso lanzó unas cuantas ráfagas de balas a la nada.

Cuando las sombras se movieron, las ramas se abrieron y docenas de armas y rostros humanos aparecieron entre los árboles. Algunos estaban arriba y otros abajo, algunos iban vestidos al estilo de las tribus locales y otros con la ropa sencilla de los trabajadores migratorios, pero todos estaban armados. Llevaban pistolas y arcos con las cuerdas tensas y preparados para disparar las flechas. Algunos incluso empuñaban cuchi-

llos listos para ser lanzados. Aparte del sonido de las pistolas al cargarse y el crujido de las hojas, eran completamente silenciosos.

Uno de los hombres de Valdez empezó a gritar a los demás que dispararan, como si necesitara que otra persona empezara para no tener que ser el primero en apretar el gatillo. Una flecha se clavó en el suelo a pocos centímetros de su embarrada bota izquierda. Se la quedó mirando durante un par de segundos antes de arrojar su pistola al suelo.

Un momento después, el resto de los sicarios empezó a tirar las armas y los hombres de la tribu Cuiqawa aparecieron rápidamente de entre los árboles y les rodearon. Varios de los miembros de la tribu corrieron hacia el jeep que Drake había robado y uno de ellos levantó el cetro enrollado en el saco de arpillera del asiento de atrás, lo agitó triunfante y asintió a modo de agradecimiento. Drake esperaba que el hombre fuera consciente de que no había robado el cetro sólo para ganarse la gratitud de la tribu.

Se puso en pie y se acercó a Alex. La chica parecía seguir aterrorizada y miraba a los cuiqawa como si fueran una nueva amenaza. Drake la ayudó a levantarse del suelo.

—¿Y ahora qué? —preguntó—. ¿Cuenta como rescate?